

sín embargo, aquella misma noche lo emprende confiada en Dios que nunca falta á los que en él esperan. Y no es esto un suceso aislado, un acontecimiento que no está rodeado de mil circunstancias, cada una de por sí capaz de colmar de angustia el corazón mas fuerte. No me habéis de hombres poderosos un día, que después se han visto en la miseria, ni de aquel atribulado á quien la muerte ha arrancado los objetos mas tiernos para su corazón, ni me mostréis al hombre luchando con una penosa enfermedad en el lecho del dolor. No: todas estas son imágenes imperfectísimas de la aflicción en que se encuentra la Santísima Virgen en el viaje y después del viaje á Egipto. Tenía un conocimiento perfectísimo de su santísimo Hijo, conocía sus perfecciones altísimas, y este conocimiento era suficiente para llenarle de tribulación, viendo que el que era Rey de todos los monarcas tenía que huir de Herodes, cuya impiedad, soberbia y arrogancia hizo que se vertiera tanta sangre inocente. ¡Cuán hermosa es la patria! El amor que se la profesa no lo conoce el hombre hasta que se ve en la expatriación. Los israelitas en Babilonia cuelgan sus instrumentos en los sauces, y vertiendo lágrimas de dolor al recuerdo de Israel, ni se atreven á entonar sus cánticos por hallarse en tierra ajena (1). María se vé en el mismo caso, lejos de su patria y á través de la escasez y las privaciones, sus labios no se despliegan ni profieren la menor queja. Poniendo su esperanza en Dios, de él espera el consuelo y el alivio en sus grandes aflicciones. ¡Ah! Preciso era que así fuese, preciso era que obrase de esta manera y siguiera tal regla de conducta

(1) PsaIm. CXXXVI.

la que en nada se apartaba de la voluntad de Dios, la que nunca podía oponerse por su santidad heroica á los designios de la Providencia.

Llegó el momento en que pasados cuarenta días después de la resurrección del Salvador se abrieron las eternas puertas de los cielos para dar entrada en él y posesión de su trono al que siendo Dios habíase hecho hombre para salvar al hombre. Jesucristo triunfante de la muerte sube al Empíreo rodeado de ángeles que le hacen la corte y entonan himnos sonoros de bendición y acción de gracias al que era, es y será siempre. María no tiene el consuelo y la dicha de acompañar á su Hijo á la gloria. La Providencia ordenó en sus altos designios que quedara por algún tiempo en la tierra, para ser ejemplo é instructora de los fieles que componían la naciente Iglesia. ¡Qué gozo hubiera sido para la bienaventurada siempre Virgen María volar al cielo al lado de su divino Hijo á quien tan estrechamente amaba! ¡Qué consuelo tan inexplicable el no apartarse ni un momento del fruto bendito de sus entrañas! Pero ella no obstante estos naturales sentimientos del corazón materno, conforme con los designios de la Providencia, ni pide morir ni vivir. Cúmplese la voluntad de Dios y María queda en la tierra donde espera con la mayor confianza el momento para ella tan dichoso, en que sea llamada para reinar con su divino Hijo en la mansión de la gloria.

¿Será necesario presentar mas pruebas para haceros conocer el modo como María practicó la virtud santa de la esperanza? Y á vista de este ejemplar tan sublime que se nos presenta, ¿permaneceremos indiferentes? Vosotros os gloriais de ser devotos de María, os hon-

rais con el título de esclavos suyos, deseais alcanzar por su mediacion la felicidad eterna. Pues bien. *Inspice, et fac.* Poned vuestras miradas en este retrato de todas las virtudes: no pongais vuestra confianza en las criaturas: ponedla tan solamente en Dios como María: Dios es el fin á que debemos aspirar. No nos hagamos ilusiones. Las grandezas del mundo, los honores, las riquezas, todo pasa, todo se disipa como el humo. Una cosa es duradera y es la virtud. ¡Cuántos tristes desengaños han recibido los que olvidados de Dios han puesto sus esperanzas en las criaturas! *Inspice, et fac.* Fijad vuestra vista en esa Virgen Purísima, Madre de la Santa Esperanza, y cuando os veais rodeados de la afliccion, cuando la tribulacion os cerque, cuando las desgracias os visiten, recibid estos golpes como de mano de Dios que los envia. No murmureis de la Providencia, y antes por el contrario bendecid el nombre de vuestro Dios, como hacia Job en el estercolero. A imitacion de David esclamad continuamente: *Mihi autem adhaerere Deo bonum est: ponere in Domino Deo spem mean.* Mi bien consiste en estar unido á Dios: en poner en el Señor Dios mi esperanza. De este modo cumplireis como verdaderos cristianos y merecereis la proteccion de la Santísima Virgen, quien en premio de vuestra esperanza, os alcanzará de su Santísimo Hijo gracia y bendicion. Sí, María no dejará de hacerlo así porque no solamente es Madre del Amor Hermoso, del temor y de la ciencia, sino tambien de la Santa Esperanza. *Ego Mater pulchrae dilectionis, et timoris et agnitionis, et sanctae spei.* Por cuanto llevamos dicho, habreis comprendido que la virtud de la Esperanza dulcifica y suaviza los trabajos y tribulaciones.

Concluyamos nuestra narracion con unas reflexiones del mayor interés y que cierta é indudablemente nos servirán para alentarnos en la virtud que venimos predicando y de la que la Santísima Virgen, nuestra Señora, nos ha dado tan admirables ejemplos. Y desde luego, las aflicciones y tribulaciones que por lo regular rodean al hombre, no son otra cosa que beneficios de Dios, aunque no parecen así á nuestro limitado entendimiento. O bien quiere castigarnos por tales medios para escitar nuestro arrepentimiento, ó bien se propone librarnos de grandes males que nos conducirian necesariamente á una perdicion eterna. De esto infiero que lo que á nuestros ojos parecen grandes males, no son en realidad sino bienes estimables. Un hombre, por ejemplo, no se ocupa mas que en buscar cada dia nuevos placeres, y olvidado de Dios y de su religion, emplea sus riquezas en hacerse franquear todas las puertas que conducen á los crímenes, y de precipicio en precipicio vá caminando á pasos agigantados al infierno. Lleno el Señor de misericordia y de bondad, le saca de su estado próspero y le reduce á la miseria. ¿Y con qué objeto? ¿Qué miras lleva en esta conducta la Providencia? Es muy sencillo de comprender. Habiendo pasado aquel hombre de la altura de su grandeza al abismo de la miseria, vése prontamente abandonado de sus amigos, de aquellos mismos amigos que antes le adulaban en la prosperidad. Solo y en su mayor abatimiento, no puede menos de fijar su pensamiento en lo que menos antes pensara que en Dios; ve en aquellos instantes sus pecados, el abuso que ha hecho de sus bienes y conociendo que nada puede esperar de un mundo que le abandona, de un mundo

que antes le presentara la copa del placer para atraerle á sus festines, y que ahora se mofa de su triste estado, llega á comprender la falsedad y seduccion de la sociedad: y cayendo sobre sus rodillas, y no confiando mas que en Dios, en él fija su esperanza, llorando sus extravíos y convirtiéndose de corazon. ¡Cuántos bienes le ha traído su desgracia! Si no hubiese pasado de la prosperidad á la adversidad, seguramente le hubiera sorprendido la muerte en medio de sus goces mundanos, y hubiera perdido su alma juntamente con el cuerpo. ¿Podeis calcular el gran favor, la extraordinaria misericordia que Dios ha usado con este hombre afligiéndole con la desgracia? Ciertamente que si cuando ese hombre se hallaba en el estado de prosperidad, os hubiérais llegado á él y os hubiérais propuesto hacerle conocer su error; si le hubiérais exhortado á que abandonase la amistad que le seducía, el juego que le recreaba, los goces que le arrastraban á la perdicion, que emplease en obras de misericordia lo que destinaba al lujo y á la ostentacion, que en suma volviera su corazon á Dios de quien vivia olvidado, hubiérais tal vez sido víctimas de su furor y de su enojo. Despreciados tal vez por aquel, cuya salvacion deseabais, hubiérais tenido que huir de su presencia. Admirad, pues, el órden de la Providencia, de esa Providencia que todo sabe arreglarlo en peso, número y medida. A su corazon no habian llegado sus toques amorosos: los silbos del Divino Pastor no habian penetrado en los oidos de la ingrata oveja, y rodeándole de tribulaciones le ha hecho entrar en el conocimiento de sus deberes. Otras veces procura el Señor castigar ó afligir al justo que no se aparta del cumplimiento de su santísima ley. ¿Y con

qué objeto? No: no os parezca injusticia castigar al que no ha delinquido. Dios es verdad que castiga al que ama y azota al que recibe por hijo, segun el lenguaje de la Escritura (1), pero es con el objeto ó bien de purificarle de sus imperfecciones para que al abandonar este mundo pueda entrar sin detencion en el reino de los cielos, ó bien para probar por medio de la afliccion su fidelidad y sus virtudes.

Ved aquí, mis hermanos, como las aficciones y tribulaciones vienen de la mano de Dios y siempre son para bien, para vuestra positiva felicidad. ¡Qué desgracia el que muchos no se aprovechen de estos medios de salvacion! Cuando oigo al atribulado desesperarse, proferir en terribles y espantosas maldiciones, poniendo sus lenguas sacrílegas en la divinidad, no puedo menos de llorar enternecido al ver que aquel infeliz ha llegado al colmo de su desgracia, cerrando sus oidos á cuantos llamamientos le ha dirigido el Señor.

Por fortuna vosotros, fieles oyentes que estais instruidos en vuestra religion, cuando os viereis en la tribulacion, cuando una lengua calumniosa os haya arrebatado lo que mas estimais, que es el honor; cuando una enfermedad os postre en el lecho del dolor, no sigais los ejemplos de los impíos. Recordad á María Santísima, de quien sois especialísimos devotos, recordad su paciencia, su conformidad con la voluntad divina, su esperanza en Dios. Poned todos vuestros asuntos en manos de la Providencia, y cuando le dirijais vuestras oraciones pidiéndole socorro, añadid siempre: *No se haga mi voluntad sino la*

(1) Ad. Heb. cap. XII, v. 6. Apoc. cap. III, v. 19.

*vuestra.* De este modo, dando incontestables pruebas de que practicais la virtud santa de la esperanza, habreis imitado á Jesucristo que se conformó con la voluntad de su Eterno Padre á quien dirigió la misma esclamacion, y merecereis que esa Virgen purísima que en medio de las mayores aficciones y sinsabores puso siempre su esperanza en el Señor, acepte vuestra devocion y el culto que le tributais, y mirándoos como á verdaderos hijos interceda por vosotros para que os sean perdonados vuestros pecados, y alcanceis la divina misericordia. Para que así suceda, no ceseis de repetir en todas vuestras tribulaciones las palabras del Real Profeta que sirvieron de base á este discurso: *Mihi autem adhærere Deo bonum est: ponere in Domino Deo spem meam.* Mi bien consiste en estar unido á Dios, en poner en el Señor Dios mi esperanza.

Dulcísima María: sabemos que de Dios viene el perdón y la misericordia, que de su mano pende todo don perfecto: por esto ponemos en él nuestra esperanza y toda nuestra confianza; pero tambien sabemos que vos sois la Madre de la Santa Esperanza, y que vuestra voz es escuchada por el Señor con mas prontitud que si le pidieran á la vez todos los coros angélicos y todos los bienaventurados. En vos, pues, ponemos tambien nuestra confianza, esperando supliqueis á vuestro santísimo Hijo se digne dispensarnos su divina gracia, á fin de que caminando de virtud en virtud, cumpliendo exactamente con la divina ley, y siendo resignados á su voluntad en cuantas aficciones se digne mandarnos, merezcamos un dia la recompensa de la gloria, donde en vuestra compañía alabemos y bendigamos á nuestro buen Dios por los siglos de los siglos. *Amen.*

## SERMON

PARA EL CUARTO DIA DE LA NOVENA.

DE LA CARIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA EN ÓRDEN Á DIOS

**La naturaleza, la razon y la religion obligan al hombre á amar á su Dios.**

*Diliges Dominum Deum tuum, ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.*

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con todas tus fuerzas y con toda tu alma.

Math. cap. XXII, v. 37.

Aunque la religion no nos ordenara amar á Dios: aunque este precepto no fuera el primero y principal de la ley divina, la misma naturaleza y la luz de la razon están acordes en este deber que liga al hombre para con su Hacedor. Si á Dios como á primera causa debemos nuestra existencia, si él nos la conserva, ¿qué cosa mas justa que la criatura le ame y le rinda tributo de adoracion y respeto en reconocimiento de su